



18

Jesucristo hoy

La resurrección de Jesús desencadenó un proceso de reflexión en todos aquellos que habían «encontrado» al maestro después de su muerte en la cruz. Los numerosos interrogantes comenzaron a ser contestados con imágenes, conceptos y símbolos propios de la cultura en la que la comunidad que se interrogaba vivía inmersa. Así, los judeocristianos de Palestina, los de la diáspora y las comunidades helenocristianas dan a Jesús distintos títulos tratando de expresar lo que Jesús es en un lenguaje comprensible a los de su misma cultura. La fe descubre de este modo a «Cristo todo y en todos» (Col 3, 11).

1. LOS CRISTIANOS PALESTINENSES

Tras los primeros títulos de santo, justo y siervo de Dios, las comunidades palestinas designan a Jesús como hijo del hombre, es decir, como juez del último juicio. Pero la denominación que más claridad aportó en aquella circunstancia fue la de mesías o Cristo. Él era el anunciado por los profetas y el esperado durante generaciones, aunque contradijese frontalmente las expectativas populares de un libertador político glorioso. Se le puede llamar por tanto hijo de David e hijo de Dios en consonancia con la conocida profecía de Natán: «Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo... heredará el trono de David, su padre» (2 Sm 7, 14). Además, como quien se dirige al señor de todas las cosas, la comunidad oraba en arameo: «Maraña tha. Ven, Señor» (Hch 22, 20).

Dentro de esta cultura judaica, fuertemente influenciada por las interpretaciones y lecturas del Antiguo Testamento, se le dan a Jesús todos los calificativos y epítetos de honragloria existentes.

2. JUDEOCRISTIANOS DE LA DIASPORA

Influenciados por la cultura griega y buenos conocedores de la tradición judía, los judeocristianos de la diáspora designan a Jesús principalmente con el título de señor. Cristianos son los que invocan el nombre del Señor (1 Cor 1, 2). Los cristianos, a diferencia de los judíos, no se reúnen solamente en nombre de Dios-Yavé, sino en nombre del Señor Jesús. Como en el mundo helénico señor era el rey, había una cierta equivalencia con la designación de mesías, ungido o Cristo del mundo palestino. Jesús es el rey, pero no según el modelo político, sino como rector de todo el cosmos y de todos los hombres. Por otra parte, adonai o señor era la palabra que sustituía en la conversación o en la lectura al impronunciable nombre de Yavé.

Otras designaciones como «nuevo Adán» o «nueva humanidad» venían a resaltar el cumplimiento, en el caso de Jesús, de todas las aspiraciones humanas, y su sentido de modelo y primero de entre los hombres. En un clima cúlrico-sacrificial, se usó también el calificativo de «sumo sacerdote mediador ante Dios».

3. LAS COMUNIDADES HELENISTAS

Apenas nada significaban para los cristianos helenistas los títulos de mesías, hijo del hombre, etc., debido a su lejanía de los conocimientos y concepciones bíblicas. Fue la palabra «salvador» la que obtuvo entre ellos mayor popularidad. Su equivalencia y conexión con las designaciones usadas por el resto de las comunidades venía sobre todo del hecho de considerar en su ambiente a la persona del emperador como «señor y salvador», y también



por ser en los cultos esotéricos la divinidad la salvadora de la muerte y de la materia. Jesús se manifiesta en su epifanía (vocablo que se usaba para referirse a la primera aparición en público del nuevo emperador) como salvador. Más aún: sólo él es el salvador, en contraposición a las pretensiones del emperador.

En el ambiente helenista, se conocían hijos de dioses nacidos de una virgen: Alejandro Magno, Apolonio de Tiana, etc. El hijo de un dios pertenece al mundo divino. Desde esta perspectiva, los helenistas entendieron el título judío de «hijo de Dios», no como descendiente de David, sino en sentido físico. Jesús es el hijo unigénito de Dios enviado al mundo (Rom 8, 3). Desde aquí se pasa a reflexionar sobre la preexistencia de Jesús como Dios antes de tomar la condición de siervo para acabar siendo exaltado como señor absoluto y cósmico. Él es la imagen de Dios invisible. Es Juan quien da un paso más cuando llama a Cristo el logos o la palabra, intentando expresar que es revelador del Padre y uno con él. Cristo es Dios y con este título aparece en el Nuevo Testamento al menos tres veces con toda claridad (Heb 1, 8; Jn 1, 1b; 20, 28), además de otras ocasiones en que resulta muy probable esta interpretación.

Todo esto ocurría ya en el siglo I. A partir de entonces, el mantener que Jesús es simultánea y auténticamente Dios y hombre será la tarea de toda cristología.

4. TITULOS DE CRISTO HOY

En la cuestión de descubrir y describir la realidad de Jesús no nos basta con conocer lo que otros conocieron ni con repetir las fórmulas que otros, desde una cultura que les era propia, aplicaron en su tiempo. Es necesario hallar las formas adecuadas de llamar a Cristo hoy, porque nuestra fe no radica en el arcaísmo de unas fórmulas que pueden incluso en ocasiones escondernos a Jesús relegándolo a la historia.

164
¿Cómo expresar hoy el encuentro de nuestros anhelos humanos con la realidad de Jesús? Dada la diversidad de circunstancias en las que el hombre actual se desenvuelve, son muchos los calificativos que desde éstas se

pueden aplicar a Cristo. Al mismo tiempo, por ser cada vez más uniforme y universal la cultura de occidente, las áreas de validez y comprensión de estos títulos son cada vez más amplias.

Para la visión evolucionista actual, Cristo puede ser llamado el «punto omega» o final al que se dirige esa evolución. Cristo es lo que el hombre será. Teilhard de Chardin expone con detalle esta visión de Cristo.

En un mundo con una intensa y extensa problemática social, Cristo se entiende como crítico, reformador, descubridor de lo nuevo (y en este sentido revolucionario) y, sobre todo, liberador de la condición humana.

De honda raíz bíblica y de fácil comprensión actual es ver en Jesús al «Dios con nosotros». Podríamos decir que, *si la religión descubre a Dios en la naturaleza y el Antiguo Testamento lo encuentra en la historia, el cristianismo lo halla en el hombre*. La voluntad del hombre es la divinización, la plenitud. En Jesús vemos al hombre y en el hombre vemos a Jesús.

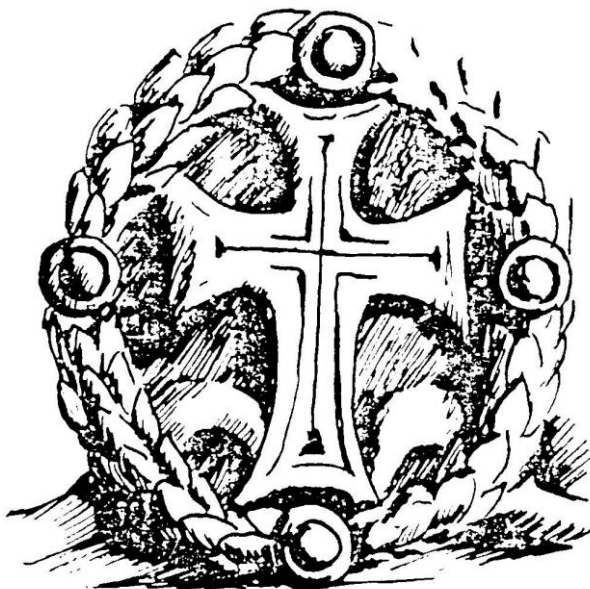
Ni los títulos antiguos ni los actuales podrán definir nunca lo que Jesús es, pero sí ayudarnos a expresar lo que significa para nuestras vidas. Desde la acción del Espíritu, el cristiano, al preguntarse quién es él para nosotros hoy, ir dando respuestas válidas que manifiesten, al menos descriptivamente, el contenido de su fe.

5. LO CRISTIANO

Iglesias y cementerios, comunidades de fe y partidos políticos, civilizaciones y costumbres, personas de muy distintos talentos y actitudes bien diversas han gozado tradicionalmente, al menos en el lenguaje corriente, de la calificación de cristianas. No cabe duda de que una aplicación tan generalizada consigue no clarificar apenas nada.

El libro de los Hechos de los apóstoles nos proporciona el dato de que fue en Antioquía donde por primera vez se llamó cristianos a los discípulos de Jesús (Hch 11, 26). Por mucho tiempo fue ésta una denominación injuriosa. Hoy, sin embargo, son numerosos los ambientes donde el epíteto carece de «garra».

Lingüísticamente, «cristiano» es todo aquello que tiene que ver con Cristo directa o indirectamente, de forma explícita o incluso anónima. En muchas ocasiones es una clasificación cultural y en otras designa aquello que está en la línea de pensamiento y acción de Jesús de Nazaret. Pero, si el adjetivo «cristiano» ha de servirnos para diferenciar aquello que tiene esta cualidad del resto de las realidades que no la tienen, la pregunta será: ¿qué es ser cristiano? o, de otra manera, ¿a qué se puede llamar con propiedad cristiano? Sabemos que lo peculiar del cristianismo no es otra cosa que Cristo en persona y que, por tanto, dejando aparte la designación cultural, *será cristiano aquel que considere a Jesús de Nazaret como determinante decisivo y normativo de sus relaciones con Dios, con los demás hombres, con la sociedad humana, con la naturaleza e incluso, si se puede hablar así, consigo mismo.* Esta consideración deberá ser además explícita y no simplemente anónima o inconsciente.



En este sentido se expresa el teólogo Hans Küng en su obra *Ser cristiano*. No es cristiano el hombre que procura vivir de forma profundamente humana, o se compromete en la lucha por la justicia social o es consecuente con un espíritu reli-gioso hondo y sincero. Cristiano es ante todo y solamente *el que procura vivir su humanidad, socialidad y religiosidad a partir*

de Cristo. Entendiendo las cosas así, se logra huir de la tentación de capitalizar en favor del cristianismo o de la iglesia los valores de otros grupos bajo la afirmación de que ya son cristianos aunque sea de forma anónima, es decir, sin saberlo ellos. A la vez los valores y peculiaridades de otras religiones o grupos son auténticamente respetados como no propios, lo cual empuja a anunciar a Cristo a todos los hombres. Ser cristiano significa vivir, obrar, sufrir y morir como verdadero hombre siguiendo a Cristo en este mundo de hoy: sostenido por Dios y presto a ayudar a los hombres en la dicha como en la desgracia, en la vida como en la muerte.

6. PRESENCIA DE CRISTO EN LOS «CRISTIANOS ANONIMOS»

Otro teólogo, L. Boff, presenta así este aspecto de la cuestión: «Jesús resucitado está presente y actúa de modo especial en aquellos que, en el vasto ámbito de la historia y de la vida, llevan su causa adelante. Independientemente de la coloración ideológica y de la adhesión a alguna religión o credo cristiano, siempre que el hombre busca el bien, la justicia, el amor humanitario, la solidaridad, la comunión y el entendimiento entre los hombres; siempre que se empeña en superar su propio egoísmo, en hacer este mundo más humano y fraterno y se abre a una trascendencia que da sentido a su vida, ahí podemos decir, con toda certeza, que el resucitado está presente, porque sigue adelante la causa por la que él vivió, sufrió, fue procesado y también ejecutado. «El que no está contra nosotros, está con nosotros» (Mc9, 40; Lc9, 50), dijo también el Jesús histórico, derribando así las barreras sectarias que dividen a los hombres y que impiden considerar *hermanos* a quienes no se adhieren al propio credo. Todos los que se asocian a la causa de Jesús están hermanados con él, y él actúa en ellos para que haya en este mundo mayor apertura al otro y mayor lugar humano para Dios. Cristo no vino a fundar una religión nueva: vino a traer un hombre nuevo (Ef 2, 15), que no se define por los criterios establecidos

en la sociedad (Gál 3, 28), sino por su entrega a la causa del amor, que es la causa de Cristo. Como Espíritu, Jesús resucitado actúa donde quiere. En la plenitud de su realidad humana y divina, trasciende todas las posibles barreras opuestas a su acción, de lo sacro y de lo profano, del mundo y de la iglesia, del espacio y del tiempo. Alcanza a todos, especialmente a los que luchan en sus vidas por aquello por lo que el propio Jesús luchó y murió, aun cuando no hagan una referencia explícita a él y a su significado salvífico universal. De ahí que puedan ser llamados cristianos anónimos o implícitos.

En la base del cristianismo está Jesucristo. Y en la base de Jesucristo hay una vivencia, un comportamiento, un modo de ser hombre, una estructura que, vivida radicalmente por Jesús de Nazaret, hizo que él fuese designado como Cristo. Existe una estructura 'cristica' dentro de la realidad humana que se manifestó de forma absoluta y exhaustiva en la vida, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret. La estructura 'cristica' es anterior al Jesús histórico. Pree- existía en la historia de la humanidad. Siempre que el hombre se abre a Dios y al otro, siempre que se da un verdadero amor y superación del egoísmo, cuando el hombre busca la justicia, la solidaridad, la reconciliación y el perdón, se da el verdadero cristianismo y emerge, dentro de la historia humana, la estructura crística. Así, pues, el cristianismo puede existir antes del cristianismo; pero también puede haber cristianismo fuera de los límites cristianos... Antes de Cristo, el cristianismo era anónimo e implícito. No poseía todavía un nombre, aunque existiese y fuese vivido por los hombres. Pero con Cristo recibió un nombre. Jesús lo vivió con tal profundidad y absolu- tez que, por antonomasia, pasó a llamarse Cristo. El hecho de que al principio el cristianismo no se llamara así no significa que no existiera. Existía, pero escondido, anónimo y latente. Con Jesús llegó a su máxima evidencia, explicitación y revelación. La tierra siempre fue redonda, aun antes de que Magallanes lo demostrara. América del Sur no comenzó a existir con su descubrimiento por Cristóbal Colón. Ya existía antes, aunque no fuese

Santo Domingo Tandil

explícitamente conocida. Así sucede con el cristianismo y con Cristo».

Como podemos comprobar, mientras unos teólogos insisten en un cristianismo explícito y declarado como única forma de poderse llamar con propiedad cristiano, otros tratan de encontrar en aquello que no lleva este calificativo, o que incluso pertenece a épocas anteriores a Jesús, un fondo que permita de alguna manera relacionarlo con Cristo lo suficiente para poder llamarlo cristiano.



7. EL ESPIRITU DE JESUS

En Jesús de Nazaret se hace visible el actuar de Dios. La fuerza interior que constituye la fuente y el motor de sus acciones coincide con lo que bíblicamente se denomina Espíritu de Dios o Espíritu Santo. Sin embargo, nadie poseyó el Espíritu como él «por encima de toda medida» (Jn 3, 34). En él no se trata de una fuerza que lo invada desde fuera, es su propio Espíritu (Jn 16, 14 s.).

Refiriéndose a Jesús, Juan el bautista decía: «El os bautizará en Espíritu Santo» (Mt 3, 11); así será: en ausencia corporal de Jesús, el Espíritu ocupará su lugar. Seguir las huellas del maestro será señal inequívoca de poseer el Espíritu de Jesús. El cambio de «ra» objetivos y métodos que se opera en el cristiano, la aceptación misma de Jesús como único señor de su vida hasta el punto de poder decir con Pablo: «no soy yo quien vive, es Cristo quien vive en mí», el formar parte de manera adulta y responsable de la comunidad de la iglesia son otros tantos efectos palpables de la presencia del Espíritu.

La vida cristiana en su totalidad podrá ser llamada vida en el Espíritu. No será ninguna lev nueva ni vieja la que gobierne la vida del discípulo, sino el Espíritu del maestro que lo hace libre frente a cualquier pretendida imposición humana. Así pasa de la servidumbre al servicio, de las relaciones jurídico-religiosas a la relación filial con el Padre.



El Espíritu será la fuerza que dinamizara a la iglesia y la mantendrá unida y pluriforme, pudiéndose llamar a sí misma unidad del Espíritu Santo. Cristo se hace así presente y actuante en toda circunstancia, tiempo y ambiente a través del cristiano que vive guiado desde lo más profundo por su Espíritu.

BIBLIOGRAFIA

- H. Küng, *20 tesis sobre ser cristiano*. Cristiandad, Madrid 1977, 17-23. H. Küng, *Ser cristiano*. Cristiandad, Madrid 1977, 149-154.
- L. Boff, *Jesucristo y la liberación del hombre*. Cristiandad, Madrid 1981, 169-175; 228-229; 242-253; 268-271.
- W. Kasper *Jesús, el Cristo*. Sígueme, Salamanca 1984, 199-336.
- «Cuadernos de oración», n. 7 (1983). Narcea, Madrid.

AUDIOVISUALES

El hombre sin pueblo. Tres Medios, 72 diapositivas. *Jesús vivo en la iglesia*. Edebé, 48 diapositivas. *Bajar para encontrarse*. Claret, 72 diapositivas.

ACTIVIDADES

A. ¿Qué calificativos aplican los cristianos más frecuentemente a Jesús? ¿Qué calificativos le da la gente no cristiana?

Hacer una pequeña lista con 20 realidades a las que normalmente se les ponga el adjetivo «cristiano/ a».

¿Qué te sugiere la expresión «Espíritu de Jesús?»

En tres columnas paralelas coloca: en la primera, una actitud humana, un suceso, etc.; en la segunda, indica si merece el calificativo de cristiano o no; en la tercera, explica el porqué lo juzgas así.

B. ¿Cuáles son los principales títulos que las comunidades judeo-cristianas de Palestina, de la diáspora o helenistas daban a Jesús

resucitado? ¿Qué significado tiene cada uno y qué relación hay entre ellos? ¿Cuáles son hoy los títulos cristológicos más frecuentes? ¿A qué se puede calificar propiamente de cristiano? ¿Puedes distinguir entre calificación evangélica, cultural, explícita o anónima? ¿Qué papel juega en la actualidad el Espíritu de Jesús?

C. ¿Qué se quiere decir cuando se califica a la civilización occidental de cristiana? ¿Qué relación tiene con Cristo?

Cada uno apunta, con rapidez sin pensar, las cinco primeras cosas que se le ocurren al oír la palabra «cristiano». De las contestaciones sacamos las consecuencias.

D. ¿Qué relación le encontramos a este tema con el de la imagen de Jesús?

¿Qué cualidades debería tener un ambulatorio médico cristiano? ¿Una empresa comercial cristiana? ¿Una escuela cristiana? ¿Un partido político cristiano? ¿Puede haberlos? ¿Cuál sería su diferencia de los otros que no son cristianos? Comentar y, ayudados por el profesor, sacar conclusiones razonadas.

E. Divididos en cuatro equipos, buscar en un evangelista los títulos que se dan a Cristo, anotando las veces en que se usa cada uno. Ver después cuáles son de comunidades judeocristianas y cuáles de comunidades helenistas.

F. Realizar un guión de emisión radiofónica en el que, a través de una encuesta fingida o real, se muestre que cristiano es lo que va en la línea de Jesús, y que no todo lo que se califica de cristiano es tal. Usar interrogantes, casos concretos, datos históricos, etc.



PARA LA REFLEXION DE FE

A. ¿Eres capaz de distinguir el cristianismo cultural del evangélico? ¿Qué relación le encuentras a este tema con el titulado «De la religión heredada a la fe personal»? ¿Qué rasgos de la iglesia en España juzgas que tienen más motivo cultural y cuáles encuentras con mayor contenido evangélico?

B. Ponemos en común «en qué consiste ser cristiano para mí».

Comentamos cómo mantener el contacto con Jesús y adquirir su Espíritu. Necesidad y dificultades de la oración, sacramentos, lectura de la palabra, etc.

C. A la luz de la palabra

Mt 7, 21: Primero, la voluntad del Padre.

Mt 21, 28-32: Trabajar en la viña.

Mt 6, 24: ¿Dos señores?

Lc 6, 46-49: No sólo de palabra.

D. Oración, examen, compromiso.

Te bendecimos, Padre,

por el don del Espíritu que, por tu Hijo, haces al mundo.

Lo hiciste al principio,
cuando incubabas el universo al calor del Espíritu, para que naciera un mundo de luz y de vida, que pudiera albergar al hombre.

Te damos gracias porque, mediante tu Espíritu, lo sigues creando, conservando y embelleciendo. Te bendecimos por haber puesto tu Espíritu en el hombre, y por el don continuo que de él has hecho en la historia humana:

Espíritu de fuerza en los jueces y gobernantes,
Espíritu rector en sus reyes fieles...

Te alabamos por la acción de tu Espíritu en los profetas...

Te bendecimos sobre todo por Jesucristo,

lo mejor de nuestro mundo,
el hombre «espiritual» por excelencia:
vivió guiado por el Espíritu,
evangelizando a los pobres,
ayudando y fortaleciendo a todos...
hasta que, resucitado, comunicó a su iglesia
y a los que buscan con corazón sincero, ese
mismo Espíritu...

Que el Espíritu nos dé fuerza para luchar por la
verdad,
la justicia y el amor;
luz para comprender a todos, ayuda para servir,
generosidad para amar, paciencia para esperar.

Padre, que tu Espíritu de amor traiga a la unidad
a tu iglesia.

Y, finalmente, haznos sensibles a la acción de
tu Espíritu
en el mundo y en la historia de los hombres.
Ayúdanos a descubrirla en la ciencia,
en la cultura, en el trabajo, en la técnica,
en todo aquello en que el hombre y el Espíritu
preparan conjuntamente
el alumbramiento de los nuevos cielos
y la nueva tierra.

Por Jesucristo, tu Hijo resucitado
y hermano nuestro.
Amén.

Anónimo